

3.1 Acceso de fuerzas abiertamente reaccionarias al Gobierno de los Estados Unidos. Política del imperialismo norteamericano y los regímenes latinoamericanos que lo apoyan

Armando Cristóbal Pérez

No es posible pronunciarse sobre el carácter abiertamente reaccionario de las fuerzas que actualmente gobiernan en los Estados Unidos de América y de su política, sin hacer un poco de historia y constatar que la esencia reaccionaria de los gobiernos norteamericanos en relación con la soberanía de nuestros pueblos siempre se ha manifestado como una constante desde la integración en nación de las trece colonias originarias.

Decía José Martí hace ya casi una centuria, en una de sus crónicas sobre el Congreso Internacional Americano celebrado en Washington que "no fue nunca la de Norteamérica, ni aún en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieve, a redimir a un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe".

Es cierto que la sucesión en el gobierno norteamericano de los republicanos o/^{los}demócratas, o el acento particular que uno u otro presidente otorgara a su gestión, siempre en función de los encontrados intereses que se relacionan contradictoriamente en la clase dirigente estadounidense, han propiciado ocasionalmente en apariencia nuevos tratos que, implícitamente, reconocían lo arbitrario de los anteriores. Al fin y al cabo, y en determinadas condiciones, ello posibilitó el diálogo y un cierto terreno para la discusión provechosa de problemas comunes con un mínimo de decoro y respeto mutuos en las relaciones. Pero sólo para terminar buscando similares obje-

tivos por métodos menos evidentes, más solapados, no menos agresivos y crueles en su esencia.

Por cada gesto respetuoso fueron múltiples las arrogantes intrusiones; por cada signo de igualdad, innumerables posiciones de fuerza; por cada convenio suscrito en ámbito de protocolo, cientos de violaciones unilaterales; por cada reconocimiento formal, nuevas expansiones lesivas de la soberanía popular. Tierras arrebatadas a México, sojuzgamiento y manejo de pueblos centroamericanos, acciones punitivas en tierras caribeñas, invasiones en la Dominicana, colonialismo desembozado y terco en Puerto Rico, complicidad ladina en el sometimiento de las colonias y neocolonias que aún subsisten en este Mediterráneo nuestro.

También más al sur: entrometiéndose de todas las maneras imaginables, auspiciando tiranías y gobiernos corruptos, ordenando, en papel de procónsules cesarianos, encubriéndose en consorcios y transnacionales, decidiendo las fuerzas políticas con derecho a acceder al poder en cada país del continente, determinando las relaciones que podrían tenerse con otros pueblos del mundo. Atropellando, en fin, la soberanía de ésta nuestra América.

Y más aún: azuzando hermanos contra hermanos, escudándose en unos para agredir a otros, en risible papel de celestina a veces, en repugnante papel de yago otras, águila imperial siempre, transmutada en paloma en ocasiones, taimado y encubridor ropaje de su esencia

más elemental y verdadera. Bastaría recordar, a título de prueba, un solo ejemplo: la concepción, organización, aseguramiento y ejecución de la fracasada invasión por Playa Girón, de cuya derrota acababa de conmemorarse el vigésimo aniversario.

Nuevas políticas, nuevos tratos, nuevas alianzas: nada nuevo. Muchos rostros diversos para una misma realidad, y una misma esencia.

Obligados a ello por la acción de los pueblos, además. De los de nuestro continente y de los del resto del mundo. Por la serena y firme posición de gobiernos de muy diverso signo político, pero seguidores del principio de respeto a los demás en el justo sentido que quería Juárez, gobiernos de profundas convicciones sobre la inviolabilidad de la soberanía nacional, amantes de la paz entre todas las naciones, deseosos del provecho económico, social y cultural para todos.

Obligados también a reconocer la existencia de una nueva conjunción de pueblos y gobiernos que impide actuar con la execrable y libertina impunidad de los asaltantes de camino en tierras de nadie. Obligados a aceptar la existencia de múltiples instituciones internacionales y un máximo foro universal, donde cada vez más todo pueblo tiene su voz y un voto y un derecho que ejercer en igualdad de condiciones, sin depender de fuerza, poderío o riquezas.

Obligados, tras la dignísima respuesta dada por los vietnamitas en el Sudeste de Asia ante sus intentos no sólo de violentar su soberanía, sino de arrasar genocidamente fauna, flora, cultura y humanidad.

Obligados, tras los fallidos intentos de retrotraer a tiempos de esclavitud a los pueblos del Continente africano en faena de liberación del colonialismo.

Obligados, también, por las comprensibles reticencias de sus propios aliados a quienes presionan con dólares y cohetes. Obligados por la presencia de un grupo de pueblos que mientras construyen el socialismo establecen un valladar a sus apetencias. Obligados, en fin, por la decidida, valiente y constante lucha popular en los propios Estados Unidos, la de sus obreros, minorías, empleados, estudiantes, intelectuales, e incluso de sectores moderados de la clase media, y aun de representantes de la clase dirigente mucho más consecuentes con respecto al momento que vivimos.

Pero aún así no ha resultado una fácil batalla. El imperialismo no ha dejado de contar, también es cierto, con aliados en todos los casos. No merece la pena utilizar calificativos, demasiado ofensivos aún para ser escuchados. Sietemesinos, que dijera Martí, vendedores del alma por el bíblico plato de lentejas, seres todo boca y estómago, monstruosos engendros con la dignidad y la propia estimación decididamente perdida, si es que en alguna ocasión llegaron a tenerlas.

Gentecilla, grupúsculos. Pero también inteligencias mercantilizadas, líderes de arraigo popular encauillados, sectores ofuscados, confundidos, malintencionados. Organizaciones sociales, partidos políticos, gobiernos venales. Y por sobre todo, el espíritu de poder de aquellas clases dominantes que lo consideran su genio tutelar. Espíritu de poder encarnado en ideólogos y generales. Espíritu de poder movilizador de los sectores más reaccionarios, de los sectores sociales y políticos en nuestro continente, en los sectores proimperialistas de los ejércitos y de otras fuerzas armadas y paramilitares, brazos armados de la autoagresión antisoberana.

No es necesario insistir en todo el condicionamiento económico que se transparenta en esta alianza entre el gobierno de los Estados Unidos y los regímenes latinoamericanos que lo apoyan. Quien compra, manda, dijo Martí. Y a la vuelta de estos cien años, ya ni siquiera se trata del comercio, que requiere la conciliación en una voluntad común de intereses diversos. Porque las transnacionales imperialistas son, por definición, el poder imperialista en todas las tierras donde se les permite sentar sus concesionarias. A ellas se someten los intereses de aquellos a quienes basta satisfacer sus propios apetitos a costa del hambre de sus pueblos. Y a cambio obtienen, asqueante comercio, el aseguramiento que una fuerza tan poderosa como la de los Estados Unidos parece brindar ante cualquier emergencia, especialmente si se trata de la lucha de los pueblos por su soberanía.

Pero un nuevo orden de cosas, establecido por los pueblos en las

últimas décadas, proyectaba un mundo mucho más justo al que la humanidad se acercaba esforzadamente y al costo de muchas vidas. La política imperial se veía obligada a manejar simultáneamente opciones liberales y conservadoras, garrotes y zanahorias, nuevos tratos y represiones. Hace pocos meses aún, tan variados métodos quedaban enmarcados en ciertas y aparentes intenciones de diálogo universal, especialmente en las cuestiones de la paz y la guerra. Ahora no. Ahora ha sido arrojada la máscara humanística para mostrar el verdadero rostro que siempre ha sido, el de la más feroz reacción. El espectáculo comenzó a ser anunciado, como por trompetas de un nuevo apocalipsis, durante la campaña electoral del principal pretendiente, con el más desenfrenado y guerrerista programa de gobierno que haya sido dado a conocer desde la época de los fundadores del Imperio. Tanto, que por contraste hacía parecer anodina la fariseica plataforma de su oponente, el entonces presidente de los Estados Unidos.

!Esto siempre ocurre, se diría, una cosa es la campaña electoral y otra la responsabilidad de gobierno! Cierto. Eran muchas las promesas buscadoras de votos. Era mucho el afán de ganar a cualquier precio. Era necesario aventar al máximo las ideas chovinistas. Era imprescindible movilizar todas las contradictorias fuerzas del país para lograr desalojar de la Casa Blanca a quien al parecer, ya no podía representar convenientemente los intereses sustanciales de las clases dominantes.

Pero tras los heraldos del triunfo, la campaña no se redujo. Por el contrario, se recrudeció. Y como nuevo Júpiter tonante, en ac-

tuación digna de mejor causa, los rayos de la nueva política del gobierno recién estrenado comenzaron a caer sobre toda la humanidad. Desde un principio, sobre el propio pueblo norteamericano, que ha visto cercenadas escandalosamente las asignaciones presupuestarias para seguridad social y otros servicios a la comunidad. Y como no podía dejar de ser, fueron afectados especialmente los desposeídos del modo de vida norteamericano: los obreros, los jubilados, los negros, las mujeres, los indios, los chicanos, los puertorriqueños, los emigrantes en general.

A cambio de ello, inflación y estancamiento. Y para reanimar tal estado de cosas, el guerrerismo. Ya se sabe, la industria de la guerra, oculta tras esas fuerzas reaccionarias entronizadas en el poder. Ahora no cañones contra mantequilla. Ahora, carrera armamentista, no ratificación de tratados limitantes de armas. Ahora no diálogo, no distensión. Ahora cohetes. Ahora, bomba de neutrones.

También los aliados se vieron vapuleados por las presiones y amenazas del nuevo amo de la Casa Blanca, en representación de los señores de la industria y la guerra, o de la industria de la guerra, lo que viene a ser más o menos lo mismo. Las objeciones de algunos de los gobiernos aliados al imperialismo norteamericano con respecto a la instalación de nuevas armas en su territorio y la interrupción de las conversaciones antiarmamentistas, les depararon soeces reprimendas públicas y violentas represalias secretas.

Fue entonces el reactivamiento de los Pactos. A la renovación

de la OTAN se unía la pesadilla de la creación de una copia en las tierras bañadas por el Atlántico del Sur. Con mentalidad genética fascista se inventaba maridar contra los pueblos a los gobiernos más reaccionarios o proclives a ello en ambas riberas del océano, propiciando, además, la magnífica oportunidad de legalizar en alguna medida la precaria imagen del régimen de Pretoria. Tan escandalosa pretensión no ha logrado materializarse, pues las implicaciones son de tal magnitud que algunos de los supuestos integrantes del nuevo Pacto, residentes en este lado de la tierra, han declinado públicamente su participación.

Pero las fuerzas que des gobiernan en los Estados Unidos actualmente, poseen aliados en muchos lugares. Y así, se han desplazado por toda Europa, levantando las fuerzas del fascismo. Han deambulado por el Medio Oriente, incrementando el fuego de la guerra, desatada por el sionismo. Han viajado por todo el Sudeste Asiático con el propósito de establecer no se sabe qué muro de contención. E infructuosamente buscan la fórmula salvadora que les permita revivir la obsoleta alianza militar de estirpe panamericanista.

Este acceso de las fuerzas más abiertamente reaccionarias al gobierno de los Estados Unidos constituye el mayor peligro que enfrentan en este momento todos los gobiernos sensatos y responsables, todos los sectores de la población mundial que desean un clima de paz para hacer fructificar la vida, todos los pueblos del mundo, to-

dos los hombres de conciencia humanista. Porque aquellas fuerzas, que se nutren de la agresión y viven para ella, representan un atentado contra la sociedad en su conjunto. No se trata de matices, corrientes o tendencias sociales, religiosas o políticas en peligro. Se trata del destino mismo de la humanidad.

Porque aquellas fuerzas se constituyen en voz dirigente de todas las fuerzas reaccionarias en el resto del mundo y en ellas se apoyan. No resulta casual la suspensión de la tan exaltada e hipócrita política de derechos humanos y de la condena formal de los gobiernos que pudieran ser considerados violadores de los problemas de los demás. Ni tampoco el abandono de un instrumento publicitario para denigrar gobiernos. Es, ni más ni menos, que el reconocimiento expreso de la conveniencia de tiranías seguras para los intereses del Imperio, aunque ello implique la existencia de los más abyectos crímenes y torturas de cuantos se oponen a estos designios imperialistas y lacayunos.

Y esto, en tierras de nuestra América, es un insulto y una blasfemia. Porque este continente, donde los pueblos aborígenes defendieron palmo a palmo su tierra de la saña de los conquistadores; donde los próceres dieron batallas por la libertad durante un siglo; y donde, a lo largo de casi otra centuria, se ha visto rechazado sistemáticamente todos los intentos de sojuzgamiento nacional, ha visto caer con la fuerza de su poderío acrecentado en sucesivas guerras al

imperialismo norteamericano sobre sus riquezas; aquí, las tiranías han constituido siempre la máxima expresión del terror reaccionario, identificado con las Anacondas, las Yunais y otras transnacionales.

Una definición, además. Porque el acceso de fuerzas abiertamente reaccionarias al gobierno de los Estados Unidos y los vínculos con los regímenes latinoamericanos que las apoyan, eliminan matices secundarios al concentrar en una misma línea de acción a las fuerzas más abominables del continente. Es cierto que no se eliminan las contradicciones entre ellos, pero son encubiertas, asordadas, escamoteadas en la proyección descarnada del interés básico y esencial: el de las clases dominantes aliadas y dirigidas por su paradigma, el Imperialismo norteamericano. Y esta proyección significa la existencia de una política global conjunta.

Podría decirse que en realidad nada de nuevo tiene esta política. Se trata de la absolutización más refinada de los métodos más agresivos de que son capaces de ejercer las clases dominantes, los gobiernos sometidos y el imperialismo norteamericano en su conjunto.

Que en lo económico utiliza como arma el proteccionismo, la denuncia o violación de convenios, el condicionamiento de créditos financieros, el embargo y el bloqueo, la reducción o supresión de planes de asistencia técnica, la libre actuación de las transnacionales.

Que en lo social aprovecha, acrecienta y convierte en hechos significativos las diferencias, las contradicciones, las discordias que dividen a una comunidad de otra, a un pueblo de otro, a una nación de otra, a un país de otro, a grupos de pueblos contra otros. Que

eleva a rango de principio eterno las diferencias sociales eternas.

Que en la política no reconoce otro estado de derecho que no sea el suyo, que se considera con el libre arbitrio para decidir por los demás, que menosprecia al resto de los estados, que en su arrogancia llega a considerarse un elegido. Que a las clásicas intervenciones armadas, anade sin vergüenza alguna los métodos más sofisticados del espionaje y la subversión, que sitúa de nuevo como política de estado el trabajo de sus agencias subversivas. Que provoca atentados, acciones terroristas. Que se atreve a organizar y ejecutar acciones con los jefes de estado y otros dirigentes de los países con los cuales mantiene relaciones oficiales. Que utiliza desde el veneno de ascendencia renacentista hasta el rayo laser contemporáneo.

Que barre con la soberanía en su esencia misma, al convertirse en el gran Inquisidor en todo el Continente, juzgando, condenando, violando, ejecutando a cuantos disienten de su concepción de las cosas. Y que no deja de rasgar sus vestiduras para anatematizar la sacrosanta libertad de creación de los intelectuales, cuando ésta es precisamente invocada para oponerse, en la más pura tradición humanística, a todas las fuerzas reaccionarias y antiprogresivas. Que exige sometimiento absoluto, que renueva la cacería de brujas, que retorna al elitismo reaccionario, y que ataca con furia homicida a todos los intelectuales incrementando constantemente el número de víctimas entre periodistas, científicos, pedagogos, abogados, arquitectos, sociólogos, cineastas, músicos, teatristas, pintores, bailarines, poetas, escritores y artistas en general.

Porque también en la esfera de la cultura y la intelectualidad

se produce en estos momentos una brutal agresión a nuestra soberanía, por las fuerzas reaccionarias que accedieron al Gobierno de los Estados Unidos, cuando hacen tabla rasa de todo su condicionamiento histórico, para exigir el acatamiento ciego e incondicional a las leyes éticas y estéticas del Imperio. Porque es esta también una forma de sometimiento.

Es esta una pálida y fragmentada semblanza de las fuerzas actuales a las que debemos oponernos y de su insana política contra nuestra soberanía. Tan violentamente reaccionaria en los hechos hoy, como esencial y potencialmente lo ha sido siempre. No en balde podría calificarse con palabras martianas de hace casi cien años: "Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: ni maldad más fría".